

**DIÁLOGOS: “EI ESTADO-NACIÓN Y LA IDENTIDAD PLURAL”**  
**(Transcripción)**

*Por Guy Laforest*  
*Profesor del Dpto. de Ciencia Política,*  
*Universidad Laval, Quebec, Canadá*

Muchísimas gracias y muy buenas tardes a todos y todas.

Hablaré con mucha humildad. Vengo de un país, de una comunidad política donde más o menos hace dos siglos se fundó un diario que se llamaba, en francés, *Le Canadien*: “el canadiense”. Y podemos hablar entonces, en nuestro caso, de una tradición, de una situación, una situación dentro de la evolución del modelo británico, luego canadiense, de Estado-Nación. Y vivimos entonces, y vivíamos a principios del siglo XIX, una experiencia de aprendizaje dentro de la historia del parlamentarismo británico. Y podemos decir que, sea el que sea nuestro futuro, vamos a continuar esa tradición, más o menos, de búsqueda de un equilibrio entre libertad política e identidad nacional distinta. Y eso es lo que compartimos con dos siglos de experiencia.

Hablando aquí, en el sitio de su parlamento, en un lugar de concentración de la historia de Aragón desde hace once siglos, y tal vez más, por todo eso, hablaré con mucha gratitud por estar aquí y también mucha humildad.

Lo que haré, más o menos, en una media hora. Primeramente, soy un profesor y, entonces, empezaré contándoos unas anécdotas. Y después de mi introducción haré unas reflexiones teóricas sobre nuestro tema, trataré de hablar prácticamente de los desafíos compartidos de Canadá y España (y tal vez de Cataluña). Trataré sin temblar de hablar de esos temas. Y luego,

cuando lo permita el tiempo y el presidente de la sesión (me gustan las tarjetas amarillas; más o menos, cinco minutos, anteriormente), trataré luego de concluir, quizás encontrando espacios de discusión, con una de las proposiciones de Daniel Innerarity sobre la posibilidad o la necesidad de desnacionalizar el estado, de desestatalizar la nación. Cosas como ésa.

La introducción. ¿Qué estamos haciendo? Particularmente, sobre los auspicios de la Fundación Manuel Giménez Abad, yo me preparé, yo he visto la vida, la trayectoria... ¿Qué compartimos en el siglo XXI, en una democracia pluralista? Me imagino que compartimos tres cosas: en la política, buscamos la esperanza. Hay que esperar. Yo llamaría -y me parece que Manuel Giménez Abad compartía esos valores-, en la política, la esperanza; en el patriotismo, la responsabilidad. Patriotismo de responsabilidad no fue una invención de Barack Obama, aunque lo ha dicho en su discurso de Chicago, en noviembre. Ya existía antes.

Y, últimamente -eso también se ve en las obras de Daniel-, una ética humanista de la solicitud al otro, y esa ética humanista de la solicitud al otro tiene que empezar con un sentimiento de autoestima personal. Que uno o una no puede tener esa ética humanista de la solicitud al otro si al mismo tiempo no tiene una autoestima personal. Me parece que eso vale para personas, pero también para comunidades nacionales o políticas.

Nuestras instituciones tienen que respetar unos principios para que esos valores puedan vivir. Yo diría -y con eso todos nosotros somos los hijos de Max Weber y de la Escuela Francesa de Interpretación, de Max Weber, con Julien Freund o Raymond Aron-, yo diría que necesitamos respirar un aire académico político que más o menos nos da la libertad, nos da tres libertades negativas. Sin esas tres libertades negativas no podemos hablar de las cosas que estamos discutiendo esta noche. Y hay que repetirlas, para más o menos promoverlas y protegerlas en el espacio público.

La primera: una ausencia de restricciones en la búsqueda y el establecimiento de los hechos. Necesitamos esa libertad negativa.

La segunda: ausencia de restricciones al derecho de discutir y criticar. Siempre.

La tercera, la más difícil. Primera: ausencia de restricciones al derecho de búsqueda y establecimiento de los hechos. La segunda, ausencia de restricciones al derecho de discutir y criticar. Últimamente, Weber y sus intérpretes franceses hablaron de ausencia de restricciones en el derecho del - en alemán, *die Entzauberung der Welt*-, del desencanto del mundo. ¿Qué significa eso? Necesitamos poder desencantar el mundo. Necesitamos luchar contra los mitos; los mitos primero de nuestra primera comunidad nacional, para poder criticar los mitos de la otra, de nuestros otros significativos.

Hay que empezar con esta idea de luchar en el espacio público en contra de los mitos de nuestra propia comunidad. Una persona que se llama un nacionalista catalán debe criticar los mitos del nacionalismo catalán; una persona que se reclame nacionalista español debe empezar luchando contra los mitos del nacionalismo español. Luchar contra las verdades recibidas, luchar contra los prejuicios, pero empezando con los nuestros. Luego, haré lo mismo en el debate interno canadiense: empezaré con los prejuicios, con los mitos del nacionalismo de Quebec. Y tal vez, habiendo ganado tal vez su confianza, podré hablar un poco más de los mitos del nacionalismo canadiense.

Cuando tenemos esas tres libertades negativas podemos hablar. Y tenemos que expresar nuestro reconocimiento y nuestra gratitud para la gente que antes de nosotros han luchado, han hecho muchos esfuerzos para permitir, para lograr que nosotros podamos vivir y hablar de esas cosas, gozando de esas tres libertades.

Entonces, unas reflexiones teóricas sobre nuestro tema. La idea del Estado-Nación, o del pluralismo de identidades dentro del Estado-Nación (respetando nuestro tiempo, entonces, simplificando la historia), viene del hecho de que el proyecto político de la modernidad es plural, tiene pluralismo. El modelo francés, o estadounidense, del Estado-Nación, no es el único.

Entonces, hay una interpretación que se puede decir pesimista de la Modernidad, que viene de la derecha, pero que viene también de la izquierda. En el igualitarismo, que viene de la derecha igualitarista, pero también de la izquierda igualitarista, que dice más o menos lo mismo: la modernidad es sinónimo de homogeneidad. Necesitamos homogeneizar. Y las fuentes de esa homogeneización son dos: el liberalismo o el socialismo, de un lado, y, al otro lado, el proyecto científico y tecnológico de la Modernidad.

Hay un pesimismo en la interpretación o la comparación del proyecto político de la Modernidad que rechaza el pluralismo de identidades, apoyándose -yo diría, simplificando- en esas fuentes: la ciencia y la tecnología, de un lado, y el liberalismo y el socialismo, del otro lado. Pero en la historia de la democracia liberal, Francia y Estados Unidos, juntos y a veces con el apoyo del otro, han escrito esa historia de un proyecto político con mucha uniformidad de identidades en la Modernidad.

España y el Reino Unido han escrito un capítulo distinto. Original. Han permitido -a veces no lo deseaban, pero históricamente lo han hecho-, han permitido la emergencia de un pluralismo de identidades dentro de su propio proyecto de Estado, y eso nos ha legado lo que nuestras situaciones contemporáneas... Yo hablo de comparar manzanas con manzanas: el Canadá, el Reino Unido, España, Bélgica, son estados, son monarquías constitucionales, son estados con identidades nacionales plurales. Entonces,

hay que estudiarlas más. Hay que hacer más esfuerzos comparativos, como los que está haciendo su Fundación Manuel Giménez Abad aquí.

¿Qué sabemos de esas situaciones, a nivel teórico? Y trataré de hablar de eso un poco más rápidamente.

Un filósofo canadiense (canadiense inglés), Wayne Norman, que ahora está trabajando en la Universidad de Duke, en Carolina del Norte (lo hemos perdido, pero regresará cuando tenga cincuenta años de edad, me imagino)... ¿Qué ha escrito Wayne Norman? Él ha escrito que en nuestros estados (Canadá, Reino Unido, España) con identidades plurales tenemos que respetar siete principios de reconocimiento. Hay siete. No voy a definirlos todos, voy a enumerarlos y tal vez luego en el debate hablaremos más, para interesarles en esa filosofía, en esa manera de ver las cosas.

Siete principios de reconocimiento. Primeramente, el *partnership*, en inglés, o el destino compartido. Tenemos que aceptar el hecho de que tenemos un destino compartido. Nos vemos todos nosotros (aunque su sentimiento de identidad nacional sea diferente del nuestro) como a un nivel perteneciendo a una misma comunidad de destino. Podemos tener más que una comunidad de destino que nos permite hacer sacrificios con otros desconocidos, pero necesitamos esa idea de destino compartido. Un espíritu de *partnership*.

Segundo: todos deben dar su consentimiento, en un momento. Las personas, pero las comunidades también, deben en un momento de la historia dar su consentimiento. Pertenecemos al todo, pero necesitamos consentir.

Tercer principio: lealtad compartida. Lealtad, solidaridad, compromiso auténtico.

Cuarto principio: el rechazo de la asimilación. Las minorías deben entender que la mayoría, o el Estado de la nación mayoritaria, no está tratando de asimilarlos.

Quinto principio: la autonomía territorial, la autodeterminación nacional, son cosas que están aceptadas.

Y más o menos complicando, añadiendo o especificando este quinto principio. el Estado central acepta que las minorías... Que el gobierno representando la minoría nacional, que tiene una concentración territorial, debe promover su identificación nacional, su cultura, su lengua, y lo acepta.

Sexto principio: mayorías y minorías, el Estado central y los estados autonómicos (en el caso canadiense, hablaríamos de provincias); los dos lados aceptan que el otro puede hacer esfuerzos de desarrollo del proyecto nacional suyo. Por eso, tal vez, necesitaríamos Daniel Innerarity y yo hablar de la última parte de su ponencia sobre la posibilidad o necesidad de desnacionalizar.

Dentro, por ejemplo, de la comprensión de Norman, no hablamos de desnacionalización del Estado: hablamos de colegitimidad. Por ejemplo, hablando de eso en términos concretos, España puede desarrollar su proyecto nacional en Cataluña o en el País Vasco, con cualquier otra comunidad.

El Estado central y los españoles, fuera de esas comunidades nacionales, aceptan totalmente la legitimidad de que el gobierno vasco o el gobierno catalán está también desarrollando y trata de desarrollar un proyecto nacional auténtico, que existe y que tiene legitimidad perfecta dentro del Estado.

Y últimamente, el séptimo principio. la aceptación por parte de todos y todas de que los ciudadanos pueden vivir con identidades plurales, pueden hacer su propia jerarquía.

En el caso canadiense, la gente de Quebec, por ejemplo, pueden dar prioridad al proyecto nacional quebequense, pero al mismo tiempo, dar un apoyo significativo al proyecto nacional canadiense. Lo importante es lo que esta pasando en la esfera pública, en la legitimidad de los dos proyectos, pero cualquiera que sea la jerarquía en la cabeza de cada uno o cada una de los ciudadanos. Eso no es el problema del Estado o del Gobierno autónomo: eso es perfectamente legítimo. Son los principios de Norman.

Los estados modernos, la política moderna, necesitan esa idea de que estamos participando en comunidades de destino. Podemos tener muchas. Tal vez Europa está alcanzando este nivel de ser una comunidad de destino para mucha gente. Tal vez. Pero un hecho es que necesitamos esas cosas, como mantener o crear esas comunidades de destino.

Hay muchas respuestas posibles. En un debate con un colega y amigo mío, Will Kymlicka, de la Universidad de Queens, en Kingston, desarrollando un debate con él, después de un artículo que ha publicado en la revista *Government and Opposition* (Reino Unido) en 2003, hemos tratado de hablar de cuáles pudieran ser las fuentes de la identidad común que permiten a la gente tener ese sentimiento de que estamos participando en una comunidad de destino.

Primera respuesta posible: el patriotismo constitucional. La respuesta de Habermas y de otros -y hablo de esto perfectamente, sabiendo cómo ha estado utilizada esa palabra en el conjunto de la política española de los últimos diez años-. Pero olvidando eso, al nivel teórico: patriotismo constitucional, principios universales de justicia e igualdad.

Eso puede ser una parte de la respuesta, pero sabemos que no puede ser la parte más importante. Canadienses y estadounidenses, nosotros, compartimos

mucho de la comprensión de la democracia liberal moderna. Tenemos una visión de la igualdad, de lo que es la ciudadanía, muy, muy, muy próxima, pero no estamos compartiendo el mismo patriotismo constitucional, pues yo diría que el patriotismo constitucional no puede ser la única respuesta.

Segunda respuesta: una comparación común de la historia. Y a veces hay gente que van a invertir muchos millones de dólares. Como investigadores, por ejemplo, nosotros podríamos salir de aquí e ir a muchas fundaciones, en España o en Canadá, para decirles: “¡Señores! Tenemos la solución! ¡Tenemos que invertir cien millones de euros, para que los españoles, con los canadienses, incluyendo los quebequenses, en sus escuelas secundarias, tengan los mismos libros de historia. Y con eso vamos a solucionar todo”.

Yo diría que eso es una simplificación. No podemos inventar esa comprensión común de la historia.

Lo que podemos hacer es reducir los mitos, y eso me parece que es una tarea de los intelectuales. Reducir las exageraciones en la manera de enseñar la historia. Naturalmente, empezando con las exageraciones de la comunidad más cerca de nosotros, para poder luego integrar un diálogo con los historiadores de la otra comunidad, para ayudarles a reducir sus propias exageraciones.

Tercera posibilidad: fuente de identidad común, al negarse que estamos compartiendo (es la respuesta de Charles Taylor) los placeres de la diversidad. Y hay de eso en la literatura del siglo XXI: una especie de idealización de esa diversidad. Y yo diría, de una manera crítica, que hay algo de una idealización filosófica, que no entiende mucho de política. Es demasiado idealista esa idea. Bueno, los placeres de la diversidad no son suficientes para desarrollar una comunidad de destino.



Luego pasamos a lo que me parece más importante. La cuarta respuesta es la de Kymlicka: la fiabilidad y la eficacia de las instituciones. Cuando compartimos, cualquiera que sea nuestra identidad nacional, cuando estamos compartiendo una confianza en la capacidad de las instituciones, en la eficacia de las instituciones (políticas, sociales, económicas), eso es muy importante.

El quinto principio es una de mis respuestas. Tengo una realista y una un poco más optimista. Yo he tocado un poco la política, sin éxito, pero me ha dado un poco más de realismo que lo que tenía antes en mi vocación de profesor.

La fuerza principal en la política, en la historia del Estado moderno, es la inercia. El hecho de que un estado existe es una fuerza increíble. Es tal vez su mejor carta: el estado existe. Ha existido desde algún tiempo y aunque los ciudadanos piensen que tal vez haya problemas y no estén satisfechos. Por ejemplo, es lo que puedo vivir siempre después de “*visca Barcelona*”, desde [mi experiencia de] seis meses en Barcelona: insatisfacción generalizada, en Barcelona, en 2009. El momento del desencanto (estoy un poco resumiendo mi parte empírica).

Sí, es lo que estoy viviendo en Barcelona, y es lo de Quebec también, y dentro de Canadá. Pero detrás de este desencanto permanece la inercia: la fuerza de que un estado existe. Y los ciudadanos están acostumbrados a eso. Y aunque estén insatisfechos tal vez piensan que lo que tienen, lo que conocen, promete tal vez más que lo desconocido. Entonces, la inercia, el miedo, el temor frente al cambio, es una fuente de estabilidad que no podremos dejar. Es algo muy importante. Entonces, ésta es mi cara realista.

Mi cara optimista: tal vez deberíamos pasar menos tiempo hablando de lo que nos ha dividido en el pasado y más en lo que podemos hacer juntos en el siglo XXI. La literatura de la ciencia política habla -es la de Michael Keating o la de o Montserrat Gibernau, o de Wayne Norman, o de Will Kymlicka-, habla de la

posibilidad de compartir dentro de un mismo Estado el hecho de que ha de haber más que un proyecto nacional. Muchas naciones pueden vivir dentro del mismo Estado. Claramente.

¿Cómo inventar, pensar, imaginar proyectos compartidos, que permitan al nacionalismo español y al nacionalismo catalán triunfar en el siglo XXI? Yo diría, por ejemplo, en el caso canadiense (vivimos en las américas): el nacionalismo canadiense y el nacionalismo quebequense se necesitan el uno al otro frente a Estados Unidos, simplificando.

Entonces, nosotros también, como aquí, debemos pasar menos tiempo hablando de lo que nos ha dividido en el pasado y tal vez más de lo que podemos hacer juntos en el siglo XXI. Naturalmente, aceptando el hecho de que debemos matizar nuestra comprensión de nuestra propia historia. Debemos luchar contra los prejuicios de nuestra propia comunidad nacional. Debemos ponernos en los zapatos del otro, debemos ver las cosas desde su perspectiva. Y cuando hagamos esas cosas tal vez tendremos más condiciones arregladas para imaginar el futuro juntos.

Yo tenía unas palabras de muchos científicos de España, o de Canadá, como el propio Álvarez Junco, que ha hablado del desafío del encuentro entre la Cataluña plural y de la España plural; y yo tenía otras palabras, muy elegantes, de pensadores de Canadá y Quebec. Pienso que voy a olvidar esos recursos, e iré a mi conclusión, para hacer el debate con Daniel y vosotros.

Tal vez antes hablaré un minuto más de las tareas de los intelectuales; cuatro o cinco tareas de los intelectuales. Yo he hablado todavía de la necesidad de matizar la comprensión de la historia, empezando por la nuestra. Por ejemplo, en el caso de Quebec. Podemos aceptar y decir que, en el caso de la población francesa de Quebec, la fuente principal del nacionalismo quebequense contemporáneo es que tenemos nosotros una identidad híbrida. Que estamos

viviendo más o menos una mezcla del proyecto civilizacional francés y británico. Que el idioma inglés, que el Derecho público británico... No es algo de la alteridad total, pero es también parte de nuestra identidad.

También demográficamente: hay el 32% de la población de Quebec que tiene sangre que viene de Irlanda. Entonces, nosotros somos un producto híbrido del encuentro dentro de esos dos imperios muy importantes. Hay que matizar la comprensión de la historia; hay que levantarse frente a la satanización. Cuando, por ejemplo, en los medios de comunicación, cuando se publican libros que están satanizando al otro, o a los líderes políticos del otro, hay que rechazar eso.

En mi universidad, yo tenía (no voy a dar nombres) profesores fantásticos, catedráticos de lujo. Pero cuando había problemas en el espacio público se escondieron en su casa o en la playa. Cuando no va bien la política, ¿dónde están los intelectuales? Cuando están en su piso o en la playa no están cumpliendo las tareas de los intelectuales. Cuando hay una política que va mal, cuando hay satanización, los intelectuales deben levantarse y criticar eso.

Me van a permitir -y completaré con eso esas tareas- dejar abiertos los caminos, los futuros posibles. No hay un futuro de simplicidad, ninguna comunidad política tiene una orientación teleológica a lo que es su historia. Entonces, nuestra tarea frente a otras generaciones es dejar abierto el camino de muchos futuros posibles.

Conclusión: sí a la pluralidad de identidades. Sí a la aceptación del hecho de que esos conflictos van a permanecer -y, desde esa perspectiva, comparto con Daniel Innerarity la idea de que no hay soluciones definitivas-. La política sin conflictos no existe en el mundo... -en francés decimos *sublunaire*, “sublunar”- En el mundo sublunar hay política y hay conflictos. En estados como España o Canadá, o Reino Unido, no van a desaparecer las dificultades, los conflictos de

jurisdicción, de identidad, las obsesiones... Tenemos que reducirlas, naturalmente; explicarlas pedagógicamente, pero no vamos a eliminarlas.

Y finalmente, nuestras tareas frente a la memoria de nuestra comunidad nacional -y tal vez tenemos más de una-. Pero nuestra tarea es hacer lo que ha recomendado tal vez el filósofo que más estimo en el siglo XX, Paul Ricoeur: debemos luchar para que la memoria de nuestra comunidad nacional sea justa y feliz. Debemos luchar para que la memoria de nuestra comunidad nacional no desaparezca en lo que Ricoeur ha llamado “la caída en el abismo de la melancolía”. Una comunidad nacional cuya memoria está cayendo en el abismo de la melancolía, [reviviendo] sus sufrimientos en lo duro del pasado, tiene problemas. Entonces, cuando tenemos esas identidades plurales, en nuestros estados contemporáneos, debemos luchar para que la memoria de nuestra comunidad nacional sea la más justa y la más feliz posible.

Gracias.

Zaragoza, 18 de mayo de 2009.